

ALFONSO JUNCO, *en* ESPAÑA

ALFONSO Junco ha sido huésped de España, y ahora, en la nostalgia de su ausencia física, su señera figura campea en el recuerdo de los españoles, cobrando su presencia espiritual nuevos y más cálidos perfiles. No podrán olvidar jamás, quienes sientan latir a España en el fondo de sus corazones, su serena y noble actitud de fidelidad constante hacia la Madre Patria.

No se ha extinguido aún, ni se extinguirá jamás en nuestros oídos, el eco emocionado de sus palabras, llenas de gentil sinceridad, en la emisión-homenaje que le dedicó Radio Nacional: «Permitidme, españoles, que un mejicano ponga un beso de amor en la frente de la España inmortal.» Y ese beso de amor es el más cálido exponente de su ferviente devoción a España, de su acrisolada lealtad, que le ha llevado a defenderla a capa y a espada allí donde voluntades torpes o mal informadas han pretendido tejer a su alrededor una nueva y falsa leyenda, la mayor parte de las veces inventada con perversos fines.

De abolengo español, que él recuerda con orgullosa complacencia, ya que sus abuelos eran de origen asturiano, Alfonso Junco nació en Monterrey (Nuevo León, de Méjico) el 25 de febrero de 1896, realizando allí sus primeros estudios, en un ambiente fami-

liar muy cultivado, bajo la orientación de su padre, el conocido escritor y poeta mejicano D. Celedonio Junco de la Vega.

A los ocho años brota su vocación poética, escribiendo sus primeros versos, que más tarde cuajaron en dos magníficos libros de poesías, titulados *Por la senda nueva* (1917) y *El alma estrellada* (1920).

En 1918, Alfonso Junco marcha a Méjico, capital de la República, en busca de horizontes más amplios en donde poder desenvolver su dinámica actividad intelectual, portrechado de un bagaje poético y cultural sólido. Y es allí, en su primerísima juventud, donde pone de manifiesto la densidad de su preparación, que se desparrama en una producción cuantiosa y diversa: historiador, ensayista, crítico, polemista..., pero siempre dentro de las coordenadas irrenunciables: Catolicismo e Hispanismo.

Porque Alfonso Junco es, ante todo, un apologista del catolicismo, a cuyo principalísimo servicio ha puesto siempre «su buena espada, desmochadora de vilezas y engaños», como la ha calificado Zubiaurre.

Todas sus obras, todos sus trabajos periodísticos, están escritos con el equilibrio y la elegante ponderación del que sabe bien que «está en buen caballo», como dicen en Méjico, que es tanto como tener razón. Por ello, Alfonso Junco no es un divagador, un disipado intelectual, un «dilettanti», sino, por el contrario, un espíritu concentrado, combativo, luchador formidable, saturado de humana comprensión, que ha hecho posible el milagro de aunar en su espíritu, en feliz conjunción, junto a su fina sensibilidad poética, una disciplinada preparación matemática, que le ha permitido pasearse por los ásperos y difíciles caminos del periodismo restallando el flagelo de su dialéctica tajante, precisa, sistemática, sin menoscabo de la elegancia de su clásico estilo. Y es nota digna de resaltar en toda su obra la ecuanimidad que la preside, difícil cualidad en el polemista. En Junco no hay nunca apasionamiento malintencionado, aunque sí hay, y esto le enaltece, objetividad apasionada, lógica consecuencia del que rompe sus lanzas en defensa de la verdad. Confirmación de esto, su enjundiosa y exten-



ALFONSO JUNCO

sa obra de católico y de hispanista: *Inquisición sobre la inquisición*, *Sangre de Hispania*, *España en carne viva*, *El gran teatro del mundo*, recientemente publicada en España, y ese interesante volumen de ensayos políticos y literarios, titulado *Egregios*, por no citar más de su magnífica y numerosa producción; así como también su actuación como redactor-jefe del diario mejicano *Novedades*, desde cuyas columnas ha mantenido brillantes polémicas de gran resonancia en defensa de nobles causas, y muy especialmente dando a conocer y defendiendo la verdad sobre España con devota y admirable tenacidad.

Su labor periodística es extraordinaria, teniendo en cuenta que desde el año 1926, momento verdaderamente difícil en Méjico para un escritor católico, viene publicando un artículo fijo cada semana. En este período ingrato de la historia política de Méjico, por su constante persecución religiosa, Alfonso Junco lidió con denuedo, batalla tras batalla, en defensa de sus ideales, poniendo de relieve su entusiasmo, su fe y su virilidad, aun a trueque de disgustos y persecuciones.

Cuando le conocí personalmente confieso que me impresionó muy de veras ese aire de serenidad que fluye de su persona, así como la amenidad de su conversación, exquisita y sobria, desprovista de toda afectación.

Me habla de España y de Méjico con observaciones exactas de quien conoce a fondo los problemas de ambos pueblos.

Al preguntarle si le había sorprendido en su visita a España el orden imperante, la ingente labor cultural realizada, lo avanzado de su legislación social, etc., me responde con espontánea sinceridad: «No me ha sorprendido nada; sólo he confirmado lo que ya conocía y he dado a conocer en mis escritos.» Y después de extenderse en elogios sobre la preocupación y los desvelos del Jefe del Estado, y su atinada política en beneficio de España, puesta de relieve en todos los actos de gobierno, y muy especialmente a través de los órganos de nueva creación, tales como el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, propulsor de un movimiento cultural de primer orden, el Instituto de Cultura Hispánica y

tantos otros, añade: «Es una lástima que no se tenga una comunicación cablegráfica directa que anulase las tendenciosas y tergiversadas noticias que suministran la mayor parte de las agencias de información. España —añadió, recalcándolo— no necesita de propaganda, palabra que repugna por el significado adquirido en los últimos tiempos, sino tan sólo intensificar la difusión de la verdad. Difundir la verdad, ni más ni menos.»

Habla luego del pueblo mejicano —su pueblo—, del tono de vida colectiva, carente de problemas, lo que hace que sea fácilmente gobernable; de su arraigado catolicismo, por encima de todas las persecuciones y contingencias políticas, y, sobre todo, de su inmenso amor a España, a la Madre Patria.

Alfonso Junco pertenece a la Academia Mejicana de la Lengua, ocupando por sus muchos méritos, uno de los puestos de vanguardia entre los escritores hispanoamericanos de hoy día, que se mueven dentro de la órbita del pensamiento y de la cultura europea.

Al marcharse, este español de América, pensador y sentidor de noble fe, como justamente le ha llamado Melchor Fernández Almagro, nos ha dejado un mensaje de emocionada gratitud y el recuerdo de su amistad entrañable; y nosotros sabemos que Alfonso Junco, campeón de la Hispanidad, aún en plena juventud, seguirá con denuedo peleando noblemente en defensa de la verdad de España.

J. R.

OBRAS DE ALFONSO JUNCO

POESÍA:

Por la senda suave, 1917; *El alma estrellada*, 1920-1936; *Poseión*, 1923-1936; *Florilegio eucarístico*, 1926, y *La divina aventura*, 1938.

P R O S A :

Fisonomías, 1927-1943; *La traición de Querétaro*, 1930; *Cristo*, 1931-1942-1943; *Un radical problema guadalupano*, 1932; *Motivos mejicanos*, 1933; *Inquisición sobre la Inquisición*, 1933-1938; *Un siglo de Méjico*, 1934-1937-1946; *Cosas que arden*, 1934-1947; *Carranza y los orígenes de su rebelión*, 1935; *Gente de Méjico*, 1937; *Lumbre de Méjico*, 1938; *Savia*, 1939; *La vida sencilla*, 1939; *El difícil paraíso*, 1940; *Sangre de Hispania*, 1940-1943-1944; *Tres lugares comunes*, 1943; *Egregios*, 1944; *El milagro de las rosas*, 1945; *España en carne viva*, 1946, y *El gran teatro del mundo*, 1947.